

Madre Poesía

Andrés Sabella

El intenso poema "Réquiem" (Editorial Universitaria), de Humberto Díaz-Casanueva, en segunda edición con prólogo de Gabriela Mistral, nos aproxima a uno de los temas de más penetración humana: el de la Madre. Y, pues, citamos recién a Gabriela Mistral, principiemos por recordar que para ella "la tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos", la de una mujer-cuna dispuesta para la defensa en sangre de sus criaturas. ¿Qué poeta no habló de esa que, siguiendo a Díaz-Casanueva, entrega a los hijos "la tibia raíz, siempre de nuevo la enseñanza del amor, las tablas de la vida"?

Miramos hacia Jules Supervielle para penetrar en este asunto de fuerza pura y caliente: en su poema "El retrato", tan gallardamente traducido por Rafael Alberti, se derrama el dolor del hombre que avanza, clamando por aquella que "separada de ti vives como si fueras tu propia hermana". Supervielle ha trazado una de las elegías decisivas del hombre malherido, inclinado sobre su "muerta de veintiocho años", cuyas joyas le duelen "como fragamentos de invierno". Cipriano Santiago Vitoreira admira y pondera por "este lenguaje de siglos y de amarguras" al poeta de "Bosque sin Horas", cuya voz habla "duramente a los muertos", repitiéndole a su madre, en limpio honor de identidades, que la ama "porque tú has sido yo".

Como una iluminación de entrañas, Carlos Mondaca enriqueció a la poesía chilena con su "Elegía" aparecida, en 1917, en "Selva Lírica" (págs. 77 y 78), estremecida de fervor agradecido y de una angustiosa revelación:

¡Gracias, madre!
Por todos los dones de tu corazón,
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión".

"Y cuando pienso, madre, cuando pienso que no he de verte más, siento un inmenso deseo de escaparme de mí mismo, ansias de ir a perderme en un abismo, y solo con mi pena y mi recuerdo, aullarte como un perro..."

"Réquiem", en sus doce estancias, se alza en brillantez de lenguaje lírico, en cuyo fondo el hijo va pagando a su madre en poesía, la poesía que le donó en la sangre: ¡nobilísima ley de vasos comunicantes del poeta!

"Y todo vuelve a la memoria nublado por el llanto todo vuelve y rueda al vacío y un oscuro temor me queda como rastro y vierto el llanto sobre los desposos, el llanto del niño que lavará el desierto".

Ni aventurero, ni blasfemo, en severa "Vigilia por dentro" (nos apoyamos en títulos de sus libros), Díaz-Casanueva enseña cómo ha de hablarse a los muertos para que sus cenizas continúen en dignidad de Tierra y Tiempo. Sus palabras se enlazan, delicadamente, tornando cifra de fuego cada latido que lo acerca a la dulzura de la que permanece "también viviendo a través de mí como el fruto que una y mil veces sube al monte y no teme a la escarcha".

Eduardo Anguita llama a "Réquiem" poema "trágico y religioso". Agregamos, con humildad de juicio: poema donde la verdad amarga de la muerte se aliviana, cuando el poeta descubre, en gozo de hijo, que "permaneces, sin embargo": es la unidad de los seres que surgen atados por las sangres del amor.